



El conde de Romanones — en sus futuras funciones



## CÓMO SE QUEDÓ DON FLORENCIO

Estaba irritada y nerviosa.

Necesitaba desahogar su mal humor con alguien cuando le anunciaron al padre Florencio.

Procuró componer su semblante y con una sonrisa cuidadosamente ensayada ante el espejo se dispuso á soportar la visita del predicador de moda.

Era éste un mocetón alto y fornido que frisaba en los cuarenta años y, á pesar de sus modales groseros y de sus continuas inconveniencias, gozaba de gran favor entre las más orgullosas familias de la aristocracia, contándose de su paternidad historias que nada tenían de edificantes.

La baronesa del Encinar le soportaba porque en otra época de su vida había sido su confesor y conocía algunos pecadillos de su vida de soltera

que á ella le parecían enormes culpas que podrían aplastar su reputación si fueran conocidas.

Alguna vez intentaba sacudir el yugo del padre Florencio; pero éste decía con la sonrisa más bella del mundo:

—Otras veces era más... amable la señora baronesa; verdad es que era soltera y sólo pensaba en jugar con su primo y que ahora pesan sobre ella más graves cuidados.

Acentuaba de tal manera aquellas palabras de *jugar con su primo* que la baronesa se ponía colorada y daba al cura mil satisfacciones impetrandole su perdón.

El cura se mostraba bondadoso y añadía sonriendo:

—Es un corazón de oro el de la señora del Encinar, su genio es un poco vivo; pero nada más. Yo la conozco tan á fondo que todo se lo perdono y jamás disminuye mi afecto hacia ella.

Detrás de aquellas palabras venía infaliblemente una petición, que jamás era desairada.

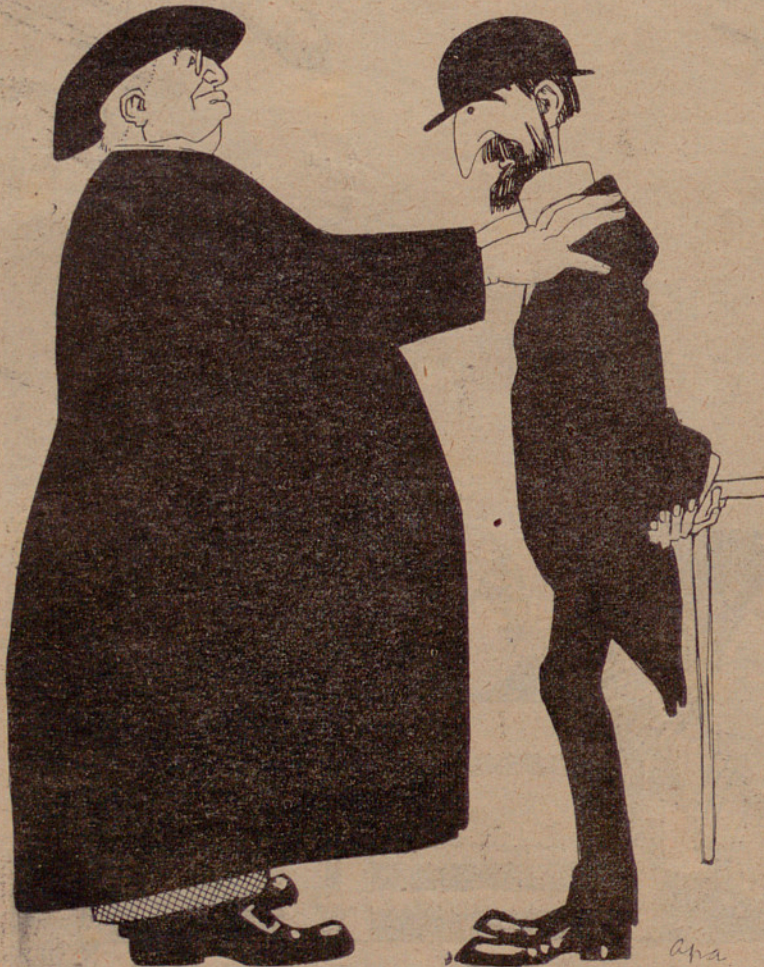
Y lo mismo que con la baronesa del Encinar obraba el respetable padre con otras muchas damas decuyos secretos había sido incautamente hecho depositario.

Disponía á su talante de las aristocráticas influencias y de los repletos bolsillos de las linajudas señoras, que transformaban en lujo para ellas y en limosnas para zánganos de la misma y de otras especies que don Florencio el sudor de infelices que perecían de hambre, sometiéndose á los trabajos más rudos.

—Dios ha dejado dispueso que unos trabajen para que otros gocen—decía don Florencio—y es una impiedad querer que las cosas pasen de otro modo. Después de todo, los verdaderamente felices son los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.

¡Triste compensación la que la religión ofrece á la pobreza, reducida á la participación de un reino cuya existencia es más que problemática y de la que no se puede tomar posesión hasta después de muertos!

Don Florencio saludó á la



— ¡Cuánto va de ayer á hoy, querido señor Francesch!



**COPA CATALUNYA.**— Las *voiturettes* inscritas para la carrera, repostándose antes de empezar.

baronesa, contestando á la sonrisa con que fué recibido con otra que tenía tanto de amenazadora como de cariñosa.

—¿Qué buen aire trae á usted por esta casa?

—preguntó la baronesa con amabilidad cuya afectación dejaba ver el fingimiento.

—Poca cosa, queridísima hija. Y digo poca cosa por el poco esfuerzo que has de poner en complacerme.

Una de las cosas que la baronesa soportaba más difícilmente era el ser tuteada por el cura; pero él se permitía tal libertad porque la había conocido cuando aun era una niña.

—¿Y qué es ello, padre?

—No más que el placer de recrearme en la contemplación de tu belleza.

La dama retiró vivamente la mano que el presbítero había conservado entre las suyas, diciendo entre risueña y severa:

—¿Qué dice usted, don Florencio?

—Digo—añadió osadamente el interpelado— que un pecadillo de más en la conciencia para la que ya tiene otro, no debe producir tal alarma, tanto más cuanto que el nuevo garantizaría el silencio y el olvido del viejo.

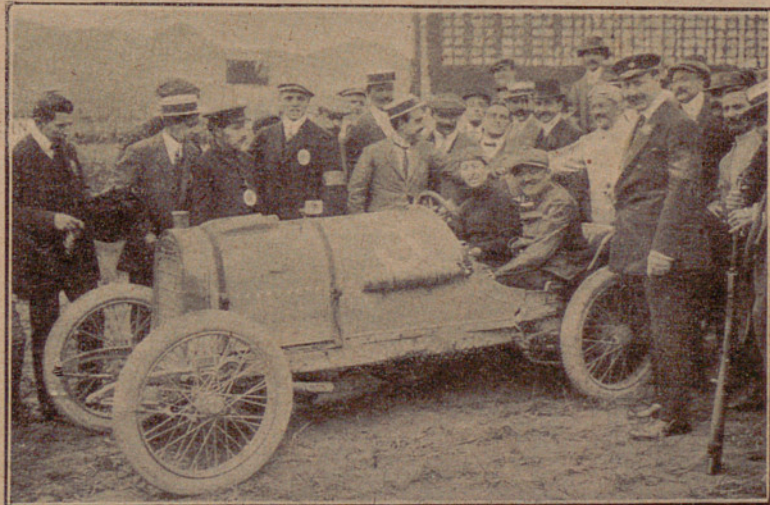
La indignación de la baronesa llegó hasta el punto de decir á don Florencio:

—Si falté de soltera, no lo he hecho ni lo haré

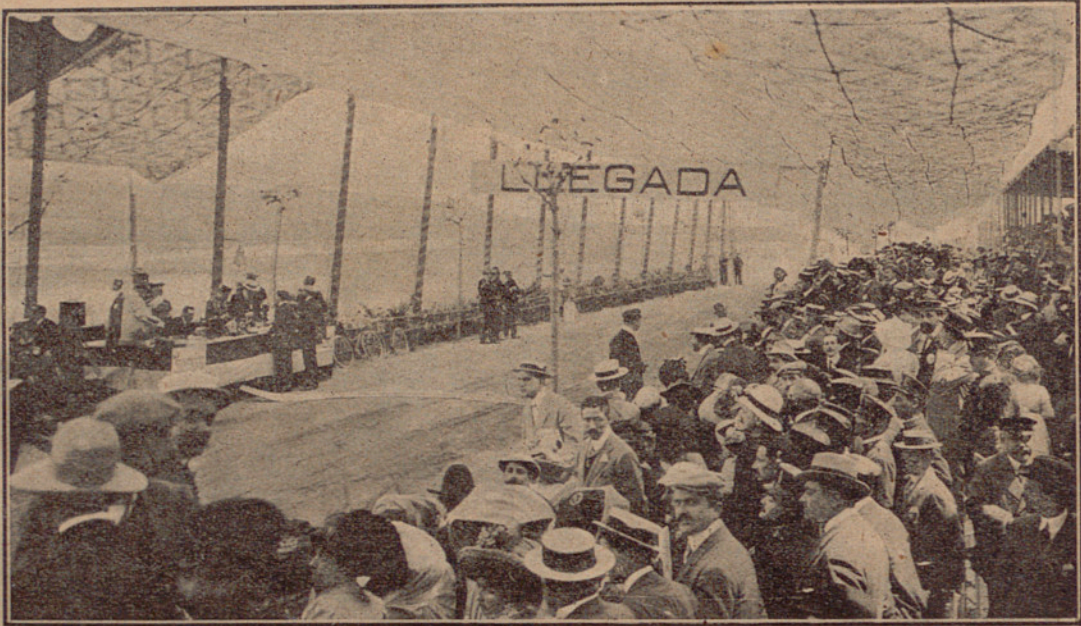
de casada, y si usted es tan villano que abusa de un secreto que en mal hora le confié, yo sabré soportar las consecuencias de mi candidez... y crea usted que sabré también vengarme. Ahora márchese usted de mi casa y jamás vuelva á poner los pies en ella.

Don Florencio sonreía tranquilamente.

—Siempre el geniecillo violento y siempre la rebeldía antes que la sumisión. Te dejo, seguro de que cuando te calmes pensarás de otro modo: es tu honor y el de tu marido lo que te juegas; tienes una hija y... ¿quién sabe lo que pensará tu esposo cuando conozca tu primera falta? ¿No temes que llegue hasta dudar de...



**M. Goux y su mecánico, momentos después de haber ganado la copa.**



COPA CATALUNYA.—El público de las tribunas y palcos divisando un virage interesante en una curva próxima.

La baronesa interrumpió de nuevo al miserable:  
—Salid—repitió—ó haré que os arrojen mis criados.

—Bien, hija mía, adios, no te irrites, hasta mañana á la tarde; tienes tiempo para pensarlo.

Y siempre sonriendo, salió diciendo para sí:

—Otras más orgullosas han tenido que ceder. Esta ama á su marido; pero esto hace más seguro mi triunfo.

La baronesa amaba á su marido y más que á su marido quería á su hija.

Quando salió el sacerdote, dejóse caer sobre una silla, presa de una excitación terrible.

Hasta la idea del suicidio pasaba por su mente. Dejó caer la ardorosa cabeza, tapándose la cara con las manos, y pensó en su honra mancillada y en su felicidad destruída por aquel monstruo.

Pensó en exterminarle; darle una cita y asesinarle, suicidándose después.

Quando acariciaba tales pensamientos entró su esposo, que apartó las manos que cubrían su rostro y besó su frente.

La pobre mujer se arrojó á sus plantas y confesó su culpa pidiendo un castigo, el que creía merecer.

El barón la oyó con la frente inclinada, meditó largo rato, teniendo á su esposa arrodillada á sus pies, y después dijo abriéndole los brazos:

—¿Nunca más has faltado?

—¡Ni faltaria aunque viesse la vida de mi hija amenazada!

—¡De tu hija!

—¡Y tuya! ¡Lo juro por ella misma! Aquel mal señó fué algunos años antes de conocerse.

Don Florencio sorbía un enorme tazón de chocolate, leyendo un perfumado billete que decía:

«¿Está perdonado lo de ayer? Venga usted á verme esta tarde y verá cuán arrepentida estoy de mi conducta irreflexiva.»

No había firma ni hacía falta. El cura conocía perfectamente la letra.

—¡Ya lo esperaba!—pensó—. ¡Todas son iguales!



M. Guippone (2.º premio) segundos antes de empezar su carrera.

—Entonces se trata de un asunto personal.

—Completamente.  
Herr Winckelkopf se encogió de hombros y abandonó la sala.

Cuatro minutos después reapareció con un disco de dinamita de las dimensiones de un penique y un precioso relojito rancés surmontado por una figurilla de la Libertad hollando la hidra del despotismo.

El rostro de lord Arthur se iluminó al verlo.  
—Esto es lo que necesito. Ahora decidme cómo se le hace explotar.

—Ese es mi secreto - respondió Herr Winckelkopf, contemplando su invento con una justa mirada de orgullo—. Decidme solamente cuándo queréis que explote; yo arreglaré el mecanismo para la hora indicada.

—¡Bueno! Hoy es martes, y si podéis entregármelo inmediatamente...

—Imposible. Tengo trabajos muy apremiantes para ciertos amigos de Moscú.

—Será tiempo si me lo entregais mañana por la noche ó el jueves por la mañana. En cuanto al momento de la explosión fijármolo en el viernes á medio día. A esa hora el detonano está siempre en su casa.

—Viernes á medio día—repitió Herr Winckelkopf.

Tomó nota de ello en un gran registro abierto sobre una mesa de despacho colocada junto á la chimenea.

—Y ahora—dijo lord Arthur levantándose— decidme cuánto os debo.

—Se trató de un negocio tan pequeño, lord Arthur, que voy á ponerlo más justo. La dinamita cuesta siete chelines y seis peniques, el aparato de relojería tres libras diez chelines y el porte unos cinco chelines. Por mi parte me contentó feliz al servir á un amigo del conde de Rouvaloff.

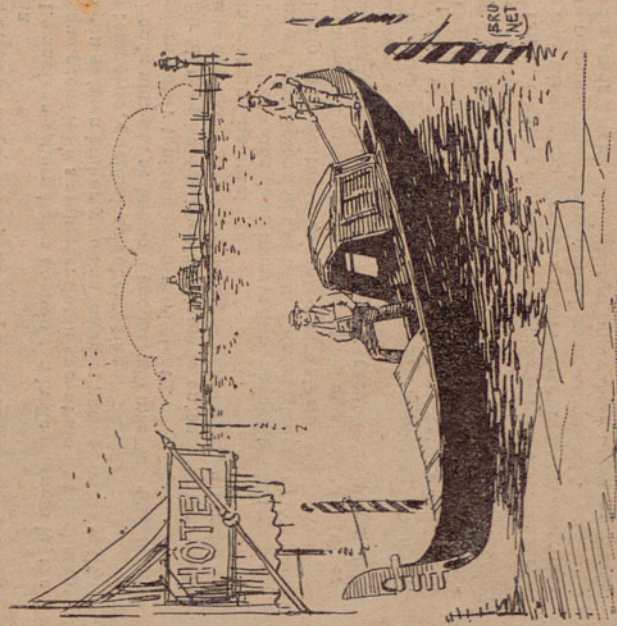
—Pero, ¿y por vuestra molestia, Herr Winckelkopf?  
—Eso no vale nada; es un placer para mí. Yo no trabajo por el dinero; lo hago por amor al arte.

Lord Arthur puso sobre la mesa cuatro libras, dos chelines y seis peniques, dió las gracias al pequeño alemán y, rehusando con la mayor finura la invitación de asistir á un

La travesía fué agradable.

La vida al aire libre devolvió sus frescos colores al rostro de lord Arthur; pero á los veintidos días le dominaron nuevamente sus preocupaciones con motivo de lady Clementina y, á pesar de las observaciones de Surbiton, tomó el tren para Venecia.

Cuando desembarcó de su góndola sobre la escalinata de hotel, el propietario vino á su encuentro con un montón de telegramas.



El éxito fué completo.

Lady Clementina había muerto repentinamente cinco días antes.

El primer pensamiento de lord Arthur fué para Sybil, á

quien envió un telegrama anunciándole su regreso inmediato á Londres.

Seguidamente ordenó á su ayuda de cámara que preparase su equipaje para el rápido de la tarde, quintuplicó la paga de los gondoleros y subió las escaleras de su habitación con paso ligero y firme.

Tres cartas le esperaban.

Una era de Sybil llena de simpatía y dándole el pésame; las otras de su propia madre y del abogado de lady Clementina.

La anciana señora había comido, con la duquesa en la tarde que precedió á su muerte. Había encantado á todo el mundo con su buen humor y con su ingenio; pero se había retirado temprano, quejándose del estómago.

Por la mañana se la había encontrado muerta sin que pareciera haber tenido ningún sufrimiento.

Sir Mathew Reid había sido llamado entonces; pero nada había que hacer y en el plazo legal se la había enterrado en Beauchamp-Chalcote.

Pocos días antes de su muerte había hecho testamento, dejando á lord Arthur su casta de Curzon Street, todo su mobiliario, sus efectos personales, su galería de pinturas, exceptuando su colección de miniaturas, que legaba á su hermana lady Margaret Rudford, y su brazalete de amatistas, que dejaba á Sybil Merton.

El innoble no tenía valor; pero Mr. Mansfield, el abogado, mostraba grandes deseos de que lord Arthur volviese lo más pronto que le fuera posible, porque había muchas deudas que pagar y por no haber tenido sus cuentas en regla lady Clementina.

Lord Arthur se conmovió profundamente por el recuento de lady Clementina y pensó que Mr. Podgers había contratado una responsabilidad muy pesada en aquel negocio.

Su amor á Sybil, sin embargo, superaba á todas las demás emociones y la conciencia de haber cumplido un deber le daba paz y fortaleza.

Cuando llegó á Charing Cross se sintió completamente dichoso.

Los Merton le recibieron afectuosamente.

Sybil le hizo prometer que no permitiría que ningún obs-

—Encantado de recibirlos, lord Arthur—replicó el malicioso alemán lanzando una carcajada—. No me miréis con aire tan alarmado. Es mi deber conocer á todo el mundo y me acuerdo de haberos visto una noche en casa de lady Windermere. ¿Queréis venir á sentaros á mi lado en tanto que me desayuno? Tengo un excelente pastel y mis amigos son bastante buenos para decir que mi vino del Rhin es mejor que ninguno de los que se pueden beber en la Embajada de Alemania.

Y antes de que lord Arthur se repusiera de su sorpresa por haber sido reconocido, se encontró sentado en la antebalía, bebiendo á pequeños sorbos el más delicioso Marcobruner en una copa de un color amarillento marcada con los monogramas imperiales y charlando con el famoso conspirador del modo más amistoso del mundo.

—Los relojes para producir explosiones—dijo Herr Winkelkopf—no son muy buenos artículos para la exportación para el extranjero, aunque se consiga que pasen por la aduana. El servicio de trenes es tan irregular que, por lo general, explotan antes de llegar á su destino. No obstante, si tenéis necesidad de uno de estos aparatos para usarlo en el interior del país, os puedo proporcionar un excelente artículo, asegurándoos que quedaréis satisfecho del resultado. Permitted que os pregunte el objeto á que lo destináis. Si es para la policía ó para alguien que se relacione con Scotland Yard, lo siento mucho, pero nada puedo hacer por vos. Los *detectives* ingleses son verdaderamente nuestros mejores amigos. He comprobado que contando con su estupidez podemos hacer absolutamente todo lo que queremos; por lo tanto, yo no podría tocar ni á un cabello de la cabeza de ninguno de ellos.

—Os aseguro—replicó lord Arthur—que no entra en esto la policía para nada. En realidad el aparato está destinado al decano de Chichester.

—No tenía la menor idea de que os hubiérais pronunciado en materia de religión.

—Os aseguro que os equivocais respecto á mí, Herr Winkelkopf—dijo lord Arthur, ruborizándose—. El hecho es que soy absolutamente ignorante en materias de Teología.

A la hora oportuna se dirigió á casa de la baronesa.

Lo esperaba una doncella que, con gran secreto, le introdujo hasta la alcoba de la señora, donde le esperaba... el barón.

—¿Ha visto usted qué desgracia?—decía la condesa del Berro á la vizcondesa de la Calabaza.

—¿Y cómo ha sido?—preguntaba ésta.

—Pues estaba en casa del barón del Encinar, cuando cedió el balcón en que se apoyaba y vino á caer á un patio.

—¿Y está muy grave?

—Los médicos confían en salvarlo; pero de todos modos ha sido una desgracia.

—¡No quiero pensar en la pérdida que sería para la Iglesia si hubiese muerto el P. Florencio!

Muy distinto era el diálogo que sostenían el cochero y el jardinero del barón del Encinar.

—Ha sido una paliza de órdago.

—Me parece que don Florencio no se mete en más aventuras.

—Creo que no habrá quedado para ello, porque yo tengo buenos puños y sé cómo se hace esa operación con los caballos.

—¿Y se quedan?...

—Como se quedará don Florencio, como decía mi abuelo que debían estar todos.

—¿Los caballos?

—¡No, hombre, los otros!

Los dos criados se echaron á reír con las mejores ganas del mundo.

J. AMBROSIO PÉREZ.



Banquete celebrado en esta ciudad en conmemoración del primer centenario de la independencia argentina.

## EN LA PELUQUERÍA

—Pase usted, don Canuto; tome usted asiento.

—Que tengo mucha prisa.

—Voy al momento.

A ver, chico, agua limpia

y un paño, ¡pronto!

¡Este día lo de chico parece tonto!

—¿Qué cuenta usted de bueno?

—Yo no sé nada.

—Dicen que está la cosa muy complicada.

Hay mar de fondo... Afirmán...

—Siempre lo mismo.

—Es que ahora estamos cerca del cataclismo.

—¿Qué hay de la Presidencia?

—Pues que no hay modo de arreglarla por *tabla* ni por *recodo*.

Que Romanones quiere

la del Congreso,

que es su sueño dorado,

que es su embeleso,

y á tales exigencias

y peticiones

el viejo canonista

dice que nones.

Quiere la presidencia

para su yerno

el que es un pretendiente

constante, eterno.

—¿Y don José?

—Ante asunto

de tal alcance

no sabe de qué modo

salir del trance.

—¿Qué hay de lo de Marruecos?

¿Sabe usted algo?

—No, señor; ni palabra;

¡Como no salgo!

Tengo siempre en mi casa

tantos quehaceres...

y además mis asuntos

con las mujeres...

Como tengo con ellas

tanto partido,

me veo á todas horas

comprometido.

Me traigo ahora entre manos

una conquista...

¡Vaya una chica guapa,

graciosa y listal...

—¡Hola!

—Si es un encanto,

si es una estrella...

—Entonces, ¡adelante!

¡duro con ella!

Es preciso, maestro,

vencerla á escape,

antes que otro más vivo

venga y la atrape.

—Yo la asedio, porque ella

me tiene loco;

pero ¡nadal no cede,

ni yo tampoco.

Es una locuelita

tan hechicera...

¡Ay, señor de Canuto,

si usted la viera!

Yo sé que está casada

con un vejete

y que vive en la calle

del Sombrerete;

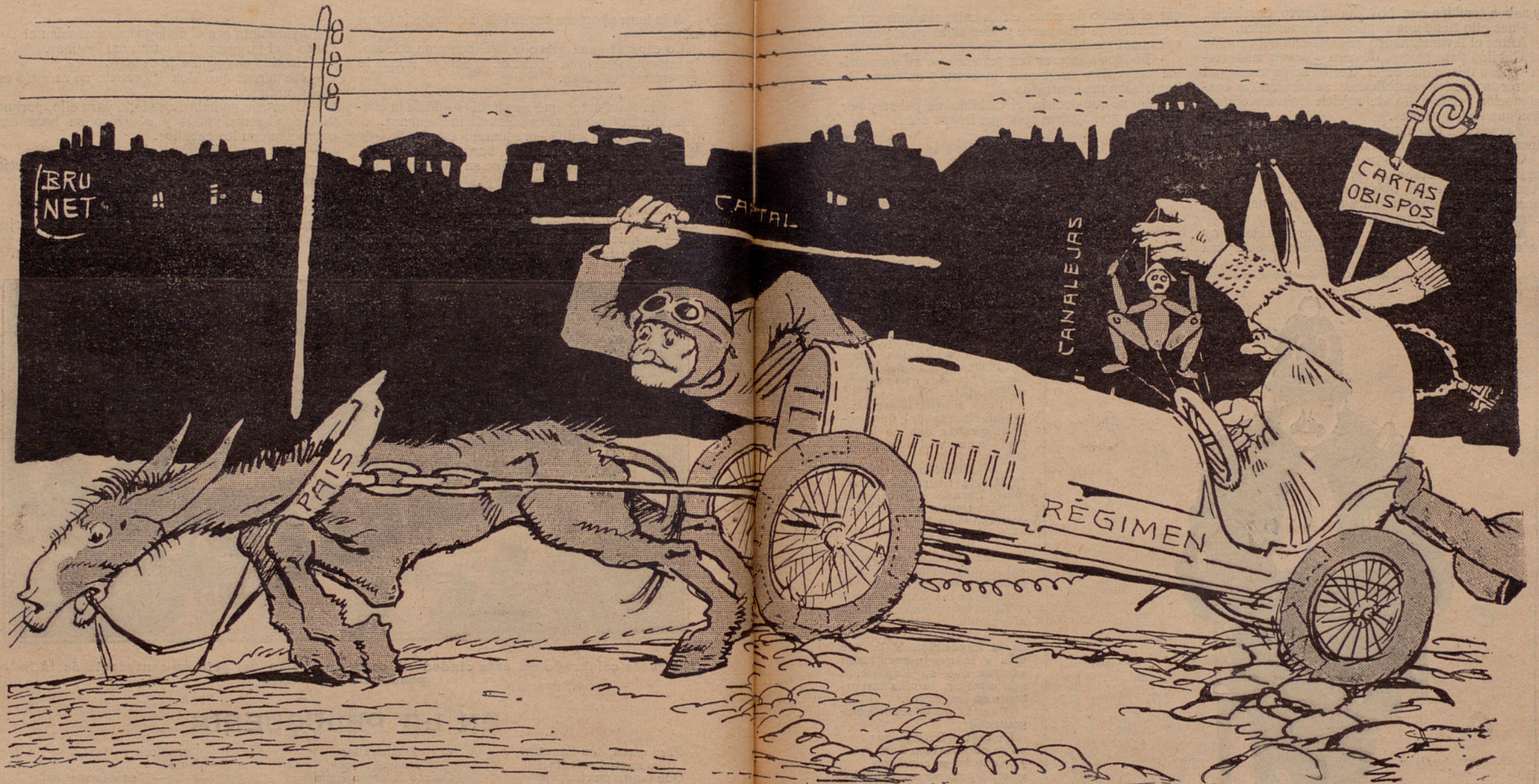
es rubia como el oro,

se llama Rosa...

—¡Canalla! ¡Pillol! ¡Infame!

¡Si esa es mi esposa!...

MANUEL SORIANO.



**El automóvil nacional.** — Tirado por un pobre jumento, arreado por un auge despiadado y cargado con el peso que le hace retroceder en vez de avanzar.

## BARCELONESAS

Todavía el humo del incienso se respira en las calles y las notas multicolores de los *confetti* y serpentinas decoran los sitios por donde hizo su carrera la procesión del Corpus; ya las modistas y sastres van á casa sus clientes con las facturas de aquellos lujos que las mozas casaderas lucieron al paso de la procesión.

Es un dolor que la clase media no pueda lucir esos trapos con toda satisfacción y á la vez llenar el estómago con tranquilidad.

La maldita vanidad empuja á más de cuatro á representar en sociedad lo que no son y vemos cada papel ridículo que nos avergüenza.

Ahí va un botón de muestra:

Hace pocos días inauguróse un bar restaurant en la rambla del Centro. Para la inauguración el dueño, que es un buen hombre que se ha caído de un nido, tuvo la mala ocurrencia de organizar un *lunch* espléndido y repartir invitaciones con una profusión incomprensible tratándose de un acto de comer.

Como era de esperar, aquello fué una segunda edición de la *invasión de los bárbaros*, pero esta vez con las fauces abiertas.

Medio Barcelona *distinguido* tenía invitación y allí acudieron á comer y beber familias enteras, sin medida y sin tasa.

El *menu* era espléndido y completo, y, no obs-

tante, este cronista vió á algunos, bastantes (gente conocida), leer la lista de las cosas que daban y volver á empezarla gritando:

— ¡Más jamón! ¡Venga Champagne!

— Oiga usted, camarero; deme tres *sandwichs*.

Y los camareros, el dueño y su esposa no se daban punto de reposo, jadeantes, sudorosos y angustiados, viendo aquella invasión y tanta hambre, para servir más comida y destapar más botellas. Dos horas y media duró el espectáculo.

Dios se lo pague al dueño del establecimiento.

¡Cuántos vimos allí bien trajeados, con grandes sombreros las señoras y las hijas, que aprovecharon su invitación para reparar sus estómagos ayunos y á otros que hasta la esperanza de cenar habían perdido.

Verdad es que el gasto enorme que le repre-

sentó al indicado dueño no le reproducirá gran cosa; pero por haber matado el hambre á tanta gente en un momento dado, deberá haberle la satisfacción de que aquel día recibiría su cabeza las bendiciones de varios estómagos agradecidos.

Bueno; pues volviendo á las procesiones y trapos nuevos es deber del cronista manifestar que la cursilería no se nota solamente en esa clase media tan honrada y tan digna de lástima; también se va observando en las clases pudientes ó que tienen grandes medios y obligación de no parecer ridículos.

Ahí está el obispo de Barcelona, el cual tiene el deber de no parecer tacaño, particularmente cuando se trata de actos del culto católico.

Ustedes saben que antiguamente el curso ó la carrera de la procesión del Corpus era vastísimo



y saben también que hoy día es corto, cortísimo. Pues ello tiene una explicación económica.

Antes el Ayuntamiento pagaba una subvención al Cabildo para gastos de cera y demás menesteres; pero desde que en la Corporación municipal entraron vientos republicanos, se suprimió la consignación por aquello de «quien quiera mojigan-gas que se las pague».

Y como con eso alguien había de perder, les ha tocado perder á los cereros.

Cuando el Municipio pagaba la cera de las procesiones se gastaba en grande, no había tasa. Ahora dicen que el obispo recomienda á los feligreses que no gasten mucha cera porque cuesta cara y la tiene que pagar el Cabildo.

Así se acorta el curso de la procesión y hay quien ha observado que no se trunca jamás para

que el tiempo de estar en la calle sea más corto. Un feligrés influyente y bien visto en el palacio episcopal me decía:

—Yo hice observar en palacio que en esta última procesión escaseaba la cera, y entonces Su Ilustrísima me contestó:

—No sé qué decirle; el Cabildo es pobre y por este año no hay más cera que la que arde.

\*\*\*



Exclamación del guardia madrileño:  
—¡Vengan bombas!

El *Heraldo de Madrid* ha abierto un concurso de sonetos.

La labor del ex órgano de Canalejas, como se ve, no puede ser más perniciosa.

Fomentar el arte de hacer versos en un país donde hasta las menegildas analfabetas son *poetisas* es un solemne disparate.

El concurso debió ser para premiar al español que pudiese probar que no había perdido nunca el tiempo verificando.

Y el *Heraldo de Madrid* se habría ahorrado el premio. Porque seguramente hubiera tenido que declarar desierto el concurso.

A las muchas epidemias que á la sazón afligen á España hay que agregar una más: la de las Exposiciones.

Ya no hay capital, ni chica ni grande, en la Península que no sea presa de la fiebre de la Exposición. Y la que más y la que menos todas quieren que su Exposición sea la mejor, la más importante en su género.

¡Menuda va á ser la competencia!

De tantas Exposiciones no se obtiene beneficio y lo que así se consigue sólo Ex-ponerse en ridículo.

Las fiestas de Barcelona nos traen á la mente el recuerdo del cuento del gitano que fué condenado á ser expuesto á la vergüenza pública que después de exhibirse por toda la capital montado en infamante burro, y cuando, cumplida la sentencia, iba á recobrar la libertad, exclamó encarándose con los guardias que le acompañaban:

—Pero, señores; ¿cuándo me van á zacadá la vergüenza?

Porque una de dos: ó los barceloneses estamos de fiestas sin notarlo ó las fiestas no se han celebrado todavía.

¡A la postre las fiestas serán para la Comisión de ídem del Ayuntamiento!

El conde Rouvaloff le miró sorprendido.

Después, convencido de que hablaba en serio, escribió una dirección sobre un trozo de papel, firmó con sus iniciales y lo presentó á lord Arthur á través de la mesa.

—Scotland Yard daría algo bueno por conocer esta dirección, querido amigo.

—¡No la tendrán!— afirmó lord Arthur lanzando una carjada.

Y después de haber estrechado cariñosamente la mano del joven ruso se apresuró á bajar la escalera.

Miró el papel y ordenó á su cochero que lo condujese á Scho square.

Allí le despidió y siguió por Greek street hasta que llegó á una plaza llamada Bayle's court.

Pasó por bajo del viaducto y se encontró en un curioso callejón sin salida que parecía ocupado por lavaderos á estilo francés.

De una á otra casa se extendía una red de cuerdas cargadas de ropa blanca, que, agitada por el aire de la mañana, parecía una multitud de banderas blancas.

Lord Arthur fué hasta el fondo y llamó en una casita pintada de verde.

Tuvo que esperar algunos momentos, durante los que todas las ventanas que daban al patio se poblaron de cabezas que aparecían y desaparecían; abrió, por fin, la puerta un extranjero de aspecto bastante rudo, que le preguntó en muy mal inglés el objeto de su visita.

Lord Arthur le presentó el papel que le había dado el conde Rouvaloff.

Apenas lo hubo visto, el hombre se inclinó, invitando á lord Arthur á penetrar en una salita del piso bajo.

Pocos instantes después Herr Winckelkopf, como se le llamaba en Inglaterra, entró apresuradamente en la sala con una servilleta sucia de manchas de vino sujeta al cuello y un tenedor en la mano izquierda.

—El conde Rouvaloff—dijo lord Arthur inclinándose— me ha dado una recomendación para vos y estoy muy deseoso de tener una pequeña conferencia con vos para una cuestión de negocios. Me llamo Smith... Robert Smith, y tengo necesidad de que me proporcionéis un reloj explosivo.

táculo se levantase entre ellos y la fecha del matrimonio, se fijó en el 7 de junio.

La vida volvió á parecerle hermosa y brillante, renaciendo por completo su antigua alegría.

Sin embargo, un día que inventariaba su casa de Curzon Street con el abogado de lady Clementina y con Sybil, quemando paquetes de cartas amarillentas y sacando de los cajones viejas chucherías, la joven lanzó repentinamente un pequeño grito de alegría.

—¿Qué habéis encontrado, Sybil?—dijo lord Arthur, mirándola y sonriendo.

—Esta bonita bombonera de plata. ¿Me la dáis? Las amatistas no me sentarán bien hasta que no tenga ochenta años.

Era la caja que había contenido el acónito.

Lord Arthur se estremeció y el rubor subió á sus mejillas.

Casi había olvidado lo que había hecho y le pareció una curiosa coincidencia que Sybil, por cuyo amor había sufrido tantas angustias, fuese la primera en traerle a la memoria.

—Verdaderamente, Sybil, os pertenece. Fui yo mismo quien se la regaló á lady Clem.

—Gracias, Arthur. ¿Y tendré también el bombón? Yo no sabía que lady Clementina fuese golosa; la creía mucho más intelectual.

Lord Arthur se puso terriblemente pálido y una idea siniestra atravesó su espíritu.

—¡Un bombón, Sybil! ¿Qué queréis decir?—preguntó con voz baja y ronca.

—Solo hay uno dentro. Parece estadizo y sucio y no siento deseos de tritularlo... ¿Qué sucede, Arthur? ¿Cómo habéis palidecido!

Lord Arthur atravesó precipitadamente el salón y se apoderó de la bombonera.

Allí estaba la cápsula de color de ámbar con su glóbulo de veneno.

A pesar de todo, lady Clementina había fallecido de muerte natural.

La sacudida que este descubrimiento le produjo casi superó á las fuerzas de lord Arthur.

Arrojó la cápsula al fuego y se dejó caer en el canapé lanzando un grito de desesperación.

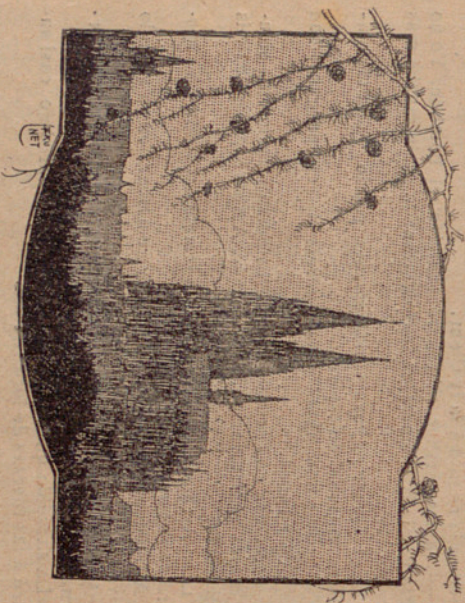
V.

Mr. Merton fué muy contrariado por el segundo aplazamiento del matrimonio y lady Julia, que había ya encargado su traje de novia, hizo cuanto pudo por llevar á Sybil á una ruptura.

Por muy tiernamente que Sybil amara á su madre, había formado el propósito de consagrar su vida á lord Arthur, desde el momento en que le concejó su mano, y nada de lo que le dijo lady Julia pudo hacer vacilar su fe.

En cuanto á lord Arthur, necesitó muchos días para ponerse de su cruel decepción y durante algún tiempo estuvieron completamente perturbados.

Sin embargo, su buen sentido se impuso y su espíritu sano y práctico no le permitió dudar por mucho tiempo acerca de la conducta que debía seguir.



Puesto que el veneno había fracasado de tan completa manera, lo que convenía emplear era la dinamita ó cualquier otro explosivo.

Por consiguiente, examinó de nuevo la lista de sus amigos y de sus parientes y, después de maduras reflexiones, resolvió *hacer salir* á su tío, el dueño de los Chichester.

Este era un hombre de mucha cultura, que coleccionaba relojes. Tenía una colección maravillosa de aparatos para medir el tiempo, que comprendía desde el siglo XV hasta nuestros días.

Lord Arthur pensó que aquella manía podría servir maravillosamente para sus planes.

Pero hacerse con una máquina explosiva era un problema difícil de resolver.

El *London Directory* no le daba ninguna dirección á este propósito y pensó que le sería de muy poca utilidad acudir á los informes de Scotland Yard. Allí no están nunca enterados de los hechos ni de los propósitos del partido de la dinamita hasta después de que ha tenido lugar alguna explosión.

Vino á su memoria el nombre de su amigo Rouvaloff, joven ruso de tendencias muy revolucionarias, á quien había encontrado el invierno anterior en casa de lady Windermere.

El conde Rouvaloff pasaba por estar ocupado en escribir la historia de Pedro el Grande. Había ido á Inglaterra con el pretexto de estudiar los documentos relativos á la estancia del zar en aquel país en calidad de carpintero de marina; pero casi todos le suponían un agente nihilista y no había duda de que en la Embajada rusa no se veía con buenos ojos su presencia en Londres.

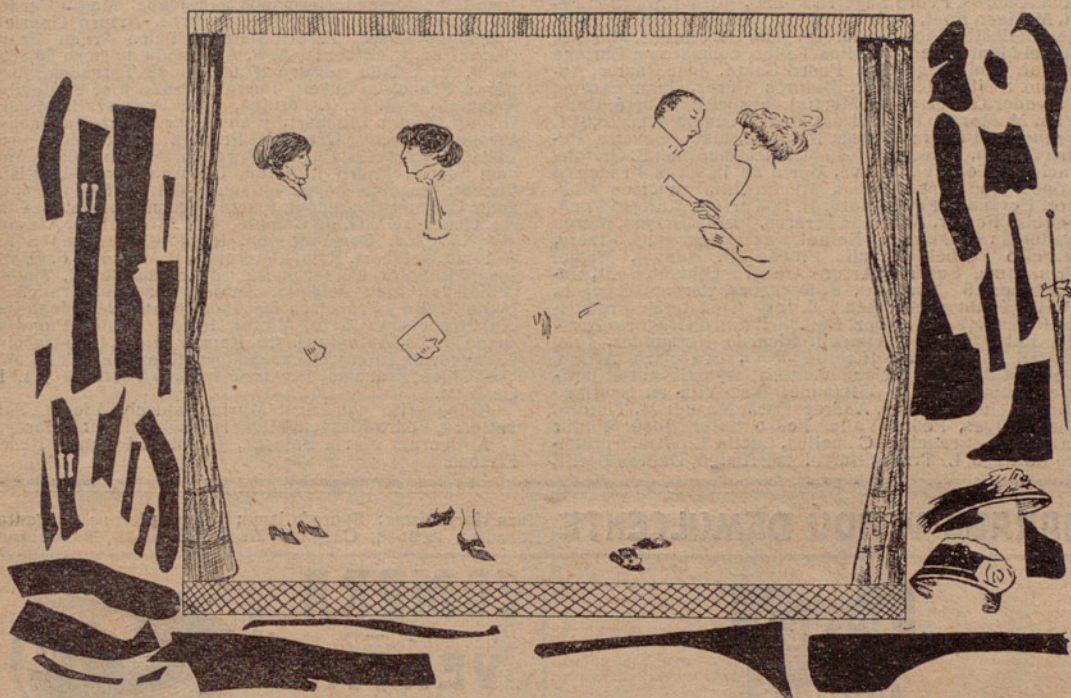
Lord Arthur pensó que aquel era el hombre que convenía para sus designios, y una mañana fué hasta su alojamiento en Bloomsburg para pedirle su opinión y su concurso.

—De manera que os vais á ocupar seriamente de política—dijo el conde Rouvaloff, cuando lord Arthur le hubo expuesto el objeto de su visita.

Pero lord Arthur, que odiaba la fanfarronería de cualquier género que fuese, se creyó obligado á explicarle que las cuestiones sociales no tenían el menor interés para él y que si necesitaba un explosivo era para un asunto puramente familiar y que sólo á él le concernía.

# Concurso núm. 86.--LOS TRAJES NEGROS

Premio de 50 pesetas



Es preciso reconstituir estas figuras, valiéndose de los fragmentos que sirven de orla al dibujo. Las soluciones, para que den opción al premio, han de ser exactamente iguales a la que publicaremos el día 25 del actual. El plazo para el envío de soluciones terminará el día 19. Si los solucionistas fuesen dos ó más, entre ellos será distribuido por partes iguales el premio de 50 pesetas.

ALLOGOGRIFO NUMÉRICO

Inquilino.

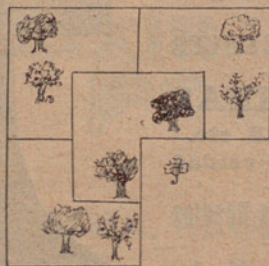
AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



Entre las soluciones recibidas no hay ninguna exacta.

## SOLUCIONES

### Al concurso núm. 85.--EL TESTAMENTO



(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 21 de Mayo.)

A LA CRUZ

C A  
U N  
C U Ñ A D O  
A N A N A S  
D A  
O S

Han remitido soluciones.—Al concurso número 85 («El testamento»): María Andreu, Fernando Arús, Pedro Mas, Todos los Santos, 1 (Premiá de Mar), Josefa Valero, Luis Olivella, Pedro Bach (peluquería, Palamós), Luis Jordán, L. Estevez, Buenaventura Mas, Esteban Guarro, Gaspar de Palas, Subida a la Catedral, 2, 1.º (Gerona), Bienvenido Llorens, J. Asamar, Alfonso Augé, Antonio Agulló, Francisco Manresa, Luis Ferrán, Francisco M. Cullerell, calle dels Tins, 3, 1.º (Figueras), Jesús Navarro, Faustino Fábrega, R. Grau, A. Granada, Uldarico Roca, Antonio de P. Llorech, Eduardo Amat, Pedro Picó Bonmati, José Oriol, José Serra, Casino Calellense (Calella), José Ferrán, Carlos Folsini, Rosita Tarragó, Erasmo Ortembach, Francisco Corlach, R. Marín, María Carrascal Arranz, Carlos Vells, Miguel Cairó, Enrique Pedret, Hotel de Oriente; José M. Mariño, Ricardo Liliusa, Rafaelito Zoboli, Ramón Valls, Eduardo Feu, José Miguel y Miguel, Jacinto Torres, P. Clot (S. Martín), Manuel Ramoneda, José Fontdevila, Leonardo Kibol, Ramón Millán, Jerónimo Navarro González García (San Gervasio), Ferrer Lauró, Joaquín Casadevall, Horacio Valera, Ramón Isern, Enrique Vilaplana, José Rodó, Luisa Benasso Pujol, Joaquín Casas, Le Chantecler, Jesús López, Cristina Arranz, Fuencarral, 122, 3.º, izquierda (Madrid), Claudio Güell, Antonio Lladó, J. R. Beato Simón Rojas, 1, pral.; Manuel N. García y Rafael N. García, Julián de Miguel, Francisco Valls, José Juvé Manuel Pinazo, Tomás Juncadella, Mercedes Renom,

José Pallarés, Ricardo Bofill (S. Andrés de la Barca), Dolores Casas, Dolores Capdevila, Carmen Palau, Pedro Ferreras, Gerardo Coll, «Un ferrouxista», José Gambau, Manuel de la Fuente, José Lorente, Alfonso Lombard, Abdón Guasch, Matías Cirera, C. Morera, A. Morera (Clot), Rosita P. de Ponsá, Bruch, 25 y 27 (Manresa), Ana Amorós, Pedro Segarra (Sans), José Fitó, Juan Perri, Mariano Font, Luis Sánchez, J. Escudé Salichs, Enrique Ballester, Vicente Garcés, Juan Casellas (S. Martín), Angel Montmanen, Catalina Tellez, comadrona; Enrique Millat, José Tosquellas, Pedro Costa, José Pastor, Anselmo Smita Melendez, Dolores Pérez, Juan Esteve, Salvador Gutiérrez (S. Martín), Francisco Carré, Celia Vila, M. Moreno (S. Andrés), Pedro, cédula núm. 78,274, Francisco Picarín, Tomás Punsoda, José Bonastre, Pedro Criado, J. Leonor, José M. Maresma, Juan E. Orriols, Jacinto Güell, Juan Clavé, María de la Cruz, Francisco López, José Santauyenia, Martín Gili, Francisco Monner, Fernando Feliu (Mataró), P. Torrell, Narciso Poch, Narciso Ferrer, Antonio Farreras, Josefa Blasco, Marco Rodergás (S. Martín), Rafael Casanovas, Juan Ribera, Narciso Perbellini, Julio Pineda (P. Nuevo), Miguel Friu, Jaime Segarra, Arturo Gubern, Claudio Font, Gabachones, 5 (Tarrasa), F. Recasens, Carmen Custi, L. P. B., cédula número 848,452, José Comaleras, Francisco Parés, Manuel Pérez, Ramón Estany, Gregorio Arruga, Pablo Iglesias, Ontrell, Ricardo Hernández, Juan Morell (Anglesola), Ricardo Rojo, Francisco Arisso, Ventura Botet, Francisco Ventura, Agustín Astol, Jerónimo Gómez, Jorge Villamide, José Victori, Santiag, Biosca, Juan Ronieu, Andrés Catá, Manuel M. Tintoré, José Falgás, Pedro Valls, Pedro Soler, José Monfar (a) «Micó», Francisco Comellas, Lucila Biedma, Fernando Barangó, L. Trullá, Bartolomé Amigó, Danton Bofill,

Palau, 7 (Figueras), «Tres, Sis y Nou», Teresa Fábrega, Julio Spetger Salgado, Lista Correos; José Comellas, Buenaventura Panadés, Baltasar Pesperd, Juan Benedit, Mariano Lluch, A. M. M., España Industrial, Agustín Aura, Mayor, 20 (Sarriá), Joaquín Sensada, José Puértolas y Vicioso, F. Bangués Brunet (Igualeda), Andrés Nofra, Juanito Victoriano, Hermanos Santacana, Magin Cardona, Domingo Freixinet, José Segarra, Arturo Gabriel, Raimundo Raset, Teresa Sanz, Casimiro Arnau, Francisco Brea, J. Oliveras, A. P. A., cédula número 59,882, M. P. A., cédula número 87,009, José Terrades, José Pérez, Francisco Graell, Ferrant Prats, José Soldevila, Rambla Cataluña, J. Molins, José Pratsevall, Miguel Gispert, Victor Lleornat, Juan Giner, Pedro Salisachs, Vicente Arancey, Gregorio Petit, J. M. Rissech, José Tugas, J. Corbella, Eugenio Jordana, Mariano Lieti, Manuel Sarrió, Pedro J. Artau, Cesáreo Largo, Bautista Puchol, Eusebio López, Joaquín Gil, Wilfredo Pujol, Isaac Cateura (Palamós), Josefa Argemi, Manuel M. Claret, Generosa Vda. de Compte, J. P. Montalban, Alexandre Novellas, Ramón Rodón, R. Roig, Fernando Solé, Antonio Gelabert, Ramón Mercadé, F. Massons, F. Oriol, José M. Soler Carreras, Ricard Escudero, R. Tauler (Palamós), Juan Delgado, Antonio Decabo, Francisca Borja, Anita y Francisca Decabo, Lorenzo Mir, Juan Badia, Francisco Cueto, Víctor Pérez, Emilio Puigades, Juan Caniós, Antonio Gastó, Ramón Güell, Luis Garcia, E. Ferrer de Llinás, Encarnación Galvez (Sabadell), Manuel Sales, Francisco Bayarri, Antonio Torrente y Lluís Cardona.

Al logogrifo numérico: María Balasch, Vicente Salvatierra, Pedro Rissech, Miguel Masip y Jacinto Llorens. A la cruz: María Balasch, Jacinto Llorens y Pedro Pissech.

## JARABE VERDÚ DEMULCENTE

Cura Herpetismo; Escrofulismo; Llagas piernas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — **Escudillers, 22, Barcelona.**

**AGENCIA  
DE  
POMPAS  
FÚNEBRES**

**LA-COSMOPOLITA  
DE ANTONIO QUINTILLA S. EN C.  
RONDA UNIVERSIDAD 31.**

**ARIBAU 17  
PRONTITUD  
EN LOS  
ENCARGOS  
SERVICIO  
ESMERADO  
ECONOMÍA  
EN LOS  
ENBALSAMAMIENTOS  
TELEFONO  
2480 Y 2490**

**COMPRA  
— Y —  
VENTA**

**— DE —  
JOYAS**

de todas clases

**RELOJES**  
de bolsillo y pared

**Bolsas de plata**

**CORTES PARA TRAJE**

**PARAGUAS**

**— É —  
IMPERMEABLES**

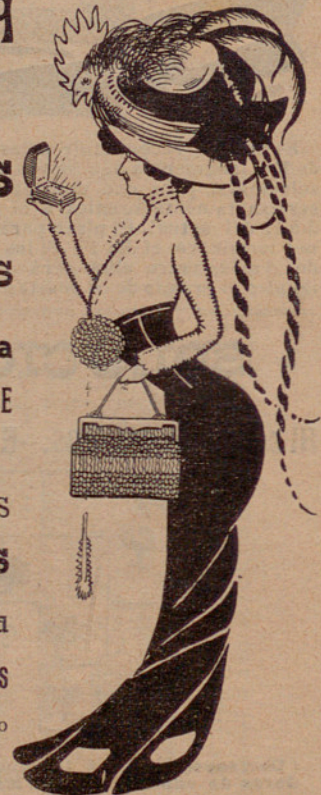
**MAQUINAS**

de **COSER**, etc.  
de ocasión verdad

**OBJETOS para Regalos**

**HOSPITAL, 11, 1.º**

cerca la Rambla



## ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Posio-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21, tónico-reconstituyente y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — *Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.*

**HERPÉTICOS** Tened la seguridad de curar vuestras dolencias, tanto internas como de la piel, por graves y crónicas que sean, si nos consultáis y usáis nuestro tratamiento exclusivo

**40 AÑOS DE ÉXITO, 40**

**TUBERCULOSOS** CATARROS BRONQUIALES - ANÈMICOS **NEURASTÈNICOS**

Los desahuciados no desesperéis de vuestro alivio hasta haber probado nuestro tratamiento especial y exclusivo

**CURARÉIS SI NOS CONSULTÁIS Á TIEMPO**

**VÍAS URINARIAS** ♦ **Debilidad genésica, enfermedades sexuales, post-amorales.**  
(Curación rápida, segura y definitiva.)

**Clínica C. CROUS** Director propietario **Dr. Casasa Crous**

En breve, inauguración de modernos aparatos de electroterapia, fototerapia, sismoterapia é inhalaciones.

**Dosimetría gratis** en las horas de consulta especial, mañana, de 11 á 2, y tarde, de 6 á 7.  
Consulta clínica de 8 á 10 noche, todos los días laborables.

**CARMEN, 56, pral., BARCELONA**

# ROP XARRIE

**ESPECÍFICO SIN RIVAL**

para la curación radical de los

## HERPES

tanto los **internos** como los **externos** ó de la piel, por graves y crónicos que sean, sin debilitar al enfermo.

**40 AÑOS DE ÉXITO, 40**

De venta en todas las bien surtidas farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

**DESCONFIAR**

**DE IMITACIONES**

PROVEDOR DE LA REAL CASA

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Etervoscente de Bishop, originalmente inventado por ALBERTO BISHOP, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALBERTO BISHOP, 46, Spelman Street, London.

**En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones**

**MAGNESIA**

**DE BISHOP**

# PÍDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS

## ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

**QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS**

**UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES**

Su acción es rápida y maravillosa en la **EPILEPSIA** (mal de Sant Pau), **COREA** (baile de San Vito), **HISTERISMO**, **INSOMNIO**, **CONVULSIONES**, **VERTIGOS**, **JAQUECA** (migraña), **COQUELUCHE** (catarro de los niños), **PALPITACIONES DEL CORAZON**, **TEMBLORES**, **DELIRIO**, **DESVANECIMIENTOS**, **PERDIDA DE LA MEMORIA**, **AGITACION NOCTURNA** y toda clase de Accidentes nerviosos.

**Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.**



LA PESADILLA DE VINAIXA

— Pero al fin, como dijo Calderón,  
los sueños, sueños son